

## AVE, SPES UNICA



Es la hora del crepúsculo. El sol, entre nubes de grana y oro, va á sumergirse en el azul del mar, enrojeciendo con sus tibios rayos postreros las peladas crestas de las montañas, mientras los valles se oscurecen é inundan de poética y triste melancolía. Tierra y mar van lentamente envolviéndose en ese manto de tinieblas á que llamamos noche, y al cubrirse de luto parece que enmudecen y se asombran. Suena el *Angelus* en el campanario vecino, como infantil oración que sube entre nubes de blanco incienso hasta las gradas del trono de la Virgen sin mancilla. Las aves, hendiendo el espacio sereno, buscan sus nidos, y en ellos el amor y la paz. Leve rumor tan solo produce el mar al besar la playa solitaria donde otras veces revienta con estruendo. Sus rizadas olas parecen nieve que de pronto se forma y lentamente se deshace. En el cielo van tímidamente apareciendo algunas estrellas que cual diamantes brillan. El alma se conmueve ante la serena majestad del espectáculo que contempla, y los labios, sin poderlo remediar, pronuncian ferviente oración...

Ved cómo vuelven, ligeras y blancas, las barcas pescadoras á recogerse en el puerto amado. Ved que vuelan, impelidas por la brisa pura, cuneadas por el vaivén de las olas inquietas y rumorosas. Vedlas venir alegres. Ya se oyen los cantos del marinero. Ya en el puerto vecino se agolpan esposas é hijos á recibirlo, á acariciarlo, á darle la bienvenida por su feliz regreso. . . . .

Se escondió el sol. ¿No es esta la hora de la meditación, la hora de la soledad? En lo alto de aquella escarpada montañuela cuya base azotan las espumas, ved una cruz sobre la cual pusieron un sello oscuro los siglos. Una joven triste y pálida, como las últimas tardes del

otoño, está á sus piés arrodillada. Las lágrimas corren por sus mejillas. Tiene las manos entrelazadas en devota actitud. ¿Por qué llora?

. . . . .

Un día despuntó la aurora risueña y alborozada como tantas veces. Las aves marinas tendieron su vuelo ligero por la costa. El mar parecía un león dormido. Dos hombres rudos, de edad madura el uno, el otro joven y hermoso, saltaron á la barca negra y fuerte con que se ganaban el sustento, y hecha la señal de la cruz, bogaron, y bogaron mucho, hasta que ya no vieron ni su choza ni su cruz.

—Tendamos aquí nuestras redes, padre, que hoy creo hemos de ser afortunados.

—Yo pienso que debemos bogar de nuevo en dirección al puerto.

—¿Y por qué quereis, padre mio, que de nuevo se fatiguen nuestros brazos ya cansados?

—La juventud desafía los peligros; los años enseñan á huirlos. ¿Ves aquella nube parda que se extiende por el cabo? Pues antes de mucho la galerna bramará en estas soledades, y hervirá la superficie de estas aguas en donde tú ahora te dispones á recoger plateada y sabrosa pesca. Encomendémonos á Dios. ¡Ánimo! Si llegamos al puerto antes que aquel viento maldito, subiremos descalzos á Nuestra Señora de la Mar. Pero la galerna traidora tiene las alas más ligeras que el pensamiento, y nos alcanzará. Dios se apiade de nosotros. ¡¡Ánimo!!

. . . . .

Y llegó muy pronto la que tiene las alas ligerísimas, y la barca negra y fuerte zozobró, porque el mar se hizo todo espuma, y sus olas se levantaban hasta tan alto y embestían entre sí con tan desatinada furia, que parecían disputarse el cielo.

Aquella cruz que se erguía en la costa, consuelo del marinero audaz, recogió el último suspiro de los que murieron.

Desde entonces, una joven pálida y triste, como las últimas tardes del otoño, suele venir á la hora del crepúsculo á arrodillarse delante de ella, depositando á sus piés coronas de flores del campo humedecidas con lágrimas....

VICENTE DE MONZÓN.

